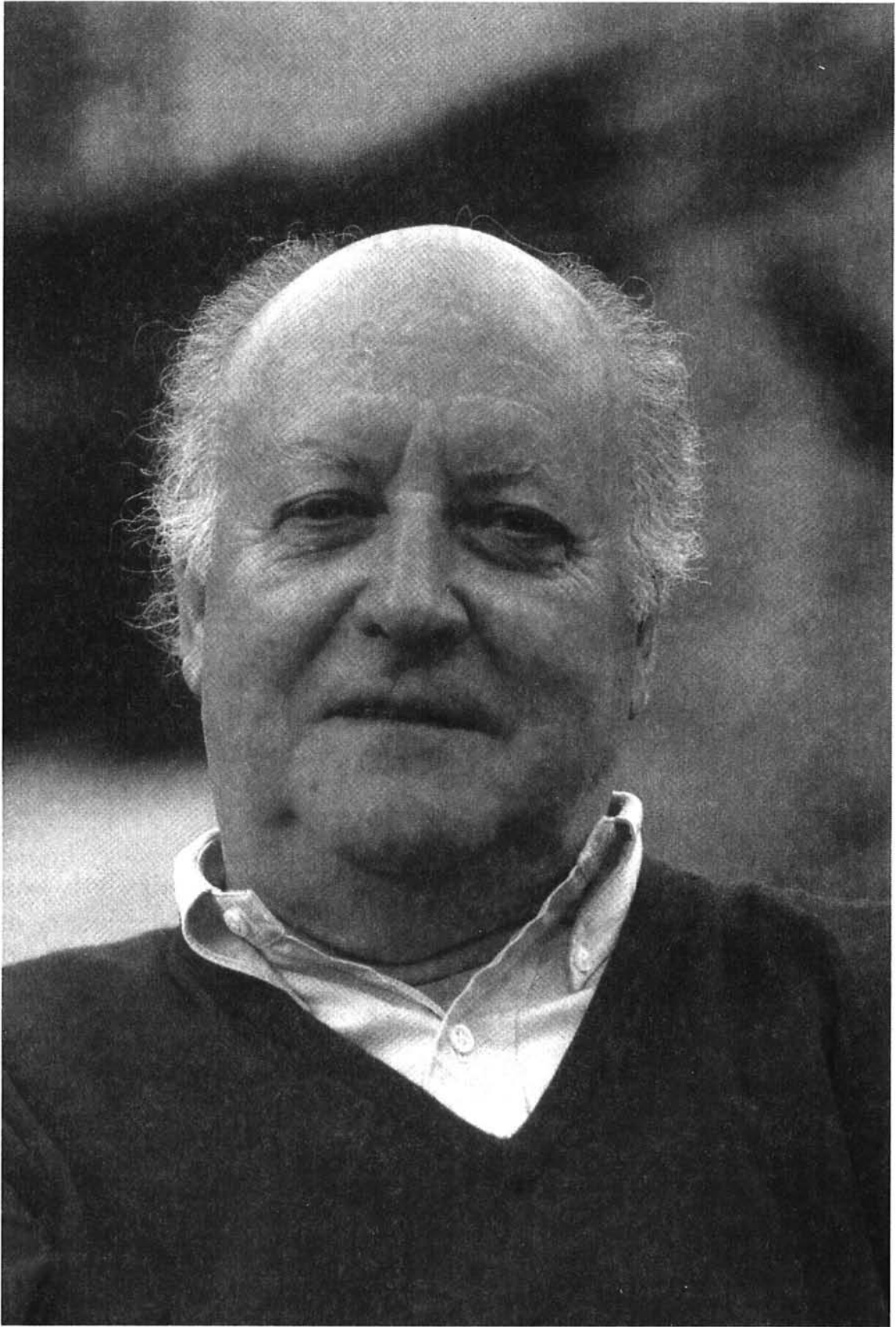


CALLEJERO



Jorge Edwards, la ficción de la memoria

Durante buena parte de su carrera diplomática Jorge Edwards desarrolló casi en secreto una actividad paralela. No era el espionaje, aunque compartía con éste su carácter clandestino; se trataba del ejercicio de la literatura. Así, mientras representaba a su país, Chile, en foros internacionales donde se discutían arduos temas como los aranceles aduaneros o se limaban diferencias para llegar a la firma de determinados tratados de integración económica regional, iba entretejiendo historias que hablaban de mujeres fantasmales y huidizas, de los ritos de iniciación sexual de la adolescencia, del asedio de la soledad, o que retrataban mordazmente los hábitos de la alta burguesía. En rigor, su tarea literaria no era desconocida, pero él prefería mantenerla en un segundo plano casi vergonzante, quizás porque desde muy chico había oído que su familia se refería al primo de su padre, el famoso escritor Joaquín Edwards Bello, como el inútil de Joaquín.

En Jorge Edwards convergen el creador de ficciones y el memorialista apasionante, digno heredero de una tradición chilena que en el siglo XIX tuvo su ejemplo más notable en Vicente Pérez Rosales. Es consciente de ese entrecruzamiento: He escrito memorias a la manera de la ficción y ficción a la manera de las memorias, dice. Empezó a escribir en la adolescencia los cuentos que más tarde reuniría en su primer libro, El patio (1952); más tarde aparecerían otros volúmenes de relatos: Gente de la ciudad (1961); Las máscaras (1967); Temas y variaciones (1969); Fantasma de carne y hueso (1993). Su primera novela fue El peso de la noche (1964), a la que seguirían Los convidados de piedra (1978); El museo de cera (1980); La mujer imaginaria (1985); El anfitrión (1987). El gobierno del presidente Salvador Allende le confió, en 1970, como encargado de negocios, la misión de abrir la embajada de Chile en La Habana tras la reanudación de las relaciones diplomáticas con Cuba. Era la época de la detención del poeta cubano Heberto Padilla, y Edwards sostuvo varias discusiones con Fidel Castro. De esa experiencia nacería en 1973 Persona non grata, libro que recoge su memoria personal de aquellos días y traza un retrato crítico de Fidel y de su

régimen, pero que abarca un registro más amplio y dramático: las relaciones del intelectual y la política. La obra, que obtuvo enorme repercusión, le valió ser situado en el centro de la polémica en los medios de izquierda.

Cuando Pablo Neruda era embajador chileno en Francia, Edwards, diplomático de carrera, fue su ministro consejero. Ambos se conocían desde hacía muchos años, pero en esas circunstancias la relación se intensificó. La evocación de Neruda, de su generación literaria y de la suya propia la plasmó en otro libro de memorias, Adiós, poeta... (1990). Destituido por la dictadura del general Pinochet de su cargo diplomático, Edwards se exilió en 1973, durante cinco años, en Barcelona, donde pasó a dedicarse plenamente a la literatura y al periodismo; en 1994 el gobierno democrático de su país lo designó embajador ante la Unesco; en 1997 se retiró definitivamente de la diplomacia.

Escritor sutil, distante del patetismo y del exceso, en su última novela, El origen del mundo, publicada en España por Tusquets en 1996, su habitual ironía se torna más compasiva y melancólica, hasta convertirse en una mirada desencantada y crepuscular sobre las ilusiones perdidas y la vejez. Actualmente trabaja en la que califica como su novela más ambiciosa, ambientada en el Chile colonial y en el Madrid coetáneo.

Jorge Edwards nació en Santiago en 1931. Estudió derecho y filosofía e ingresó por concurso en el cuerpo diplomático, tras lo cual perfeccionó sus conocimientos en Estados Unidos, en la Escuela de Asuntos Públicos e Internacionales de la Universidad de Princeton. Tiene en su haber, además, una fugaz y fracasada incursión en la agricultura.

En octubre pasado el Instituto de Cooperación Iberoamericana organizó en Madrid una Semana de Autor dedicada a Edwards (Ver sección Agenda). El escritor otorgó en esa ocasión la siguiente entrevista a Cuadernos Hispanoamericanos.

—Su última novela, El origen del mundo, publicada en España por Tusquets, quizás debería llamarse El ocaso del mundo.

—Es un poco irónico eso del origen.

—Lo digo porque me pareció impregnada de un clima muy crepuscular, no sólo en el sentido de la pasión crepuscular de su protagonista, el doctor Patricio Illanes, sino de todo lo que palpita en el relato. Me pareció también crepuscular el tratamiento de las ideologías. Me gustaría conocer su opinión al respecto. Usted siempre fue crítico con respecto al marxismo, al castrismo, al llamado socialismo real, desde un ángulo liberal. Pero aquí, si bien reitera esas críticas perfectamente conocidas desde Persona non grata...

—No es el objetivo del libro, es el escenario mental de los personajes.